

tono muy diferente, con una violencia inesperada. Habló extensamente de las maniobras que se habían empleado para hacer perder al consejo general la confianza pública y sostuvo que por muy digno que fuese el consejo de esta confianza, debía retirarse, *emplear el único medio que quedaba para salvar al pueblo, devolver al pueblo el poder.*

¿Devolver al pueblo el poder? ¿Cómo debía entenderse esta frase? Significaba que era preciso dejar que el pueblo hiciera las nuevas elecciones, comenzadas según el decreto y bajo la influencia de la Asamblea? De ninguna manera: Robespierre acababa de hacer el proceso de la misma Asamblea enumerando las maniobras dirigidas contra la Comuna. No hubiera podido sin contradecirse abiertamente proponer que se dejara votar al pueblo á gusto de una Asamblea sospechosa. *Devolver el poder al pueblo* significaba evidentemente: depositar el poder legal para someterse á la acción revolucionaria de las masas, llamar al pueblo contra la Asamblea.

No estando elegido el nuevo consejo, y retirándose el antiguo, París se hubiese quedado sin autoridad. Si la Comuna del 10 de Agosto, la gran autoridad popular que parecía haber salvado ya la patria una vez, declaraba que nada podía hacer para su salvación, á quién entregaría el poder? A nadie más que á la desesperación, á la rabia popular. Diciendo que nada haría por sí, que correspondía á las masas obrar, obraba en realidad y de la manera más terrible; era como si hubiese retirado su defensa de la puerta de las prisiones, la hubiese abierto de par en par. La matanza era de esperar; pero el exceso mismo de desorden, el espanto de París hubiesen producido el efecto necesario de acudir otra vez á la Comuna. De rodillas iban á ir á buscarla y á llamarla; volvería á entrar en triunfo en el Hotel de Ville. La nulidad de la Asamblea estaba demostrada definitivamente; la Comuna de París, el gran poder revolucionario reinaba solo y salvaba á la Francia.

Demasiado conocido es Robespierre para creer que el primer día precisara sus acusaciones. Presentadas en el primer momento bajo formas vagas, á través de sombras terribles, habían causado mayor efecto. Todo el mundo comprendió, sin esfuerzo alguno, lo que los amigos de la Comuna decían desde hacía ocho días por todo París, lo que Robespierre articuló al día siguiente, 2 de Septiembre, durante la matanza: *Que un partido poderoso ofreció el trono al duque de Brunswick.* En aquel momento ningún partido era poderoso más que la Gironda. La culpable locura de ofrecer la Francia al extranjero había sido del ministerio de Narbonne. Era una horrible calumnia imputarla á los Girondinos, que habían arrojado á Narbonne. Los Girondinos, esta era su gloria, habían comprendido el aliento guerrero de Francia; habían predicado contra Robespierre la cruzada de la libertad. Imputar á los apóstoles de la guerra el proyecto de aquella paz execrable, decir que Vergniaud, que Roland, madama Roland, las gentes más honradas de Francia, la vendían y la entregaban, era de tal manera increíble y tan ridi-

culamente absurdo, que en cualquiera otro momento esta calumnia hubiera caído sobre su autor, el cual hubiera muerto con su propio veneno. ¿Semejante absurdo podía ser sinceramente creído por un espíritu tan serio como el de Robespierre? Asombra el hecho y sin embargo responderemos sin dudar. Sí. Había nacido tan crédulo para todo lo que el odio y el miedo podían aconsejarle creer, de tal modo fanático y dispuesto á adorar sus sueños, que á cada denuncia que lanzaba contra sus enemigos nacía en él una firme convicción. Cuanto más avanzaba en sus asertos apasionados y trabajaba en darles color y verosimilitud, más se convencía y con mayor necesidad creía en lo que pensaba. El prodigioso respeto que tenía por su palabra acababa por hacerle creer que toda prueba era superflua. Sus discursos hubieran podido resumirse en estas palabras: «Robespierre puede jurarlo, por que Robespierre lo ha dicho.»

En el prodigioso estudio de desconfianza en que estaban los espíritus, enfermos y llenos de vértigo, se creían las cosas precisamente en proporción á lo milagroso, á lo absurdo con que impresionaban los ánimos. Sí, desde el consejo general llegaban semejantes acusaciones á la multitud, podían producir efectos incalculables. ¿Quién podía adivinar si la masa furiosa, ebria y enloquecida, no iba á forzar la Asamblea, en lugar de forzar las prisiones, y á buscar en sus bancos, empuñando el puñal, á aquellos traidores, aquellos apóstatas, aquellos renegados de la libertad que se la designaba como cien veces más culpables que los prisioneros realistas?

El procurador de la Comuna, Manuel, respondió á Robespierre; mas no era hombre capaz de oponerse á aquella autoridad, la primera del tiempo. Manuel era un pobre pendiente, expasante ó preceptor, hombre de letras ridículo, que por su desgracia había llegado por su palabrería al fatal honor que le colocó la cuerda en el cuello. Intentó, sin embargo, luchar; su buen corazón y sus sentimientos humanitarios le prestaron fuerzas. Prodigando enfáticos elogios á su terrible adversario, recordó el juramento de los miembros del consejo general: «De no abandonar su puesto hasta que la patria no estuviera libre de peligro.» La mayoría pensó como él. La víspera del terrible acontecimiento que se preparaba y que parecía ineludible, varios quisieron acelerarlo con su influencia; otros por el contrario, pensaban que, si como cuerpo nada podían impedir, podrían al menos con su título y su insignia de miembros de la Comuna, salvar individuos.

Esta insignia titular, Manuel tuvo la dicha de emplearla en el mismo momento. Recordó que estaba en la prisión un enemigo suyo personal, Beaumarchais. Manuel era una de las víctimas literarias á quien el autor de *Figaro* gustaba de acribillar con sus flechas. Manuel corre á la Abadía, mandó que le llevaran á Beaumarchais, quien al verle se turbó y excusó: «No se trata ahora de eso, caballero, le dijo Manuel; sois mi enemigo; si permanecéis aquí para ser asesinado mañana; se di-

ría que he querido vengarme; salid de aquí inmediatamente. Beaumarchais cayó en sus brazos; estaba salvado y no lo estuvo menos Manuel para el honor y el porvenir.

Nadie dudaba de la matanza; Robespierre, Tallien y otros reclamaron de las prisiones á algunos sacerdotes, antiguos profesores suyos. Danton, Fabre d'Eglantine, Fauchot salvaron también á algunas personas.

Robespierre había adquirido una responsabilidad inmensa. En aquel momento de suprema espera, en el que Francia rodaba entre la vida y la muerte, en que buscaba una posición firme, que la asegurase contra su propio vértigo, Robespierre había acabado de hacer que fuera todo incierto, flotante, sospechosa toda autoridad. La fuerza que restaba quedó como paralizada por aquel poder de muerte. El ministerio y la Asamblea heridos por su dardo yacían inertes y nada podían.

El mismo consejo general al que Robespierre había impulsado á declarar que se entregaba al pueblo y que no lo había hecho, no estaba menos profundamente turbado y en la duda de lo que le convenía hacer. ¿Quería? ¿No quería? Obraría ó no obraría, apenas si lo sabía ella misma.

Y si el consejo general nada quería, nada hacía, si se dispersaba el domingo, ó se reunía en número insuficiente mínimo, como sucedió, ¿quién quedaría para ejecutar, si no el *Comité de vigilancia*? En la gran asamblea del consejo general por violento que quisiera ser, los hombres de sangre jamás hubieran tenido mayoría. Por el contrario, en el *Comité de vigilancia* compuesto por quince personas, el único disenso que existía es que los unos querían la matanza y los otros la permitían.

Había dos hombres principales en este comité, Sergent y Panis. Sergent, artista hasta entonces estimable, laborioso y honrado, hombre de corazón ardiente, apasionado, novelesco (que amó aun hasta la muerte) tuvo el honor de llegar á ser cuñado del ilustre general Marceau. El fué quien con peligro de su vida, algunos días antes del 10 de Agosto, conmovido por la desesperación y las lágrimas de los Marselleses, se decidió, con Panis, á entregarles cartuchos, que les dieron la victoria. Sergent sentía antipatía (así lo afirma en sus Notas publicadas por M. Noel Parfait) por la hipocresía de Robespierre y los furros de Marat. Asegura que fué extraño á los sucesos del 2 de Septiembre. Había sido el ordenador de aquella terrible fiesta de los muertos que más que otra cosa, exaltó en las masas la idea de la venganza y de la matanza. Pero cuando llegó el día, se conmovió su corazón, y aunque compartió sin duda la idea absurda del momento, de que la matanza podía ser la salvación de Francia, desapareció de París. El mismo en sus notas justificativas hizo esta confesión terminante: Que la mañana del 2 de Septiembre se fué al campo y no volvió hasta por la noche.

Panis, exprocurador, autor de versos ridículos, espíritu mezquino, duro y falso, era incapaz de tener influencia, pero era cuñado del famoso cervecero del barrio, Santerre, nuevo comandante de la guardia nacional. Esta alianza y su posición en el comité de vigilancia le hacían muy importante. Daba ordenes en el comité y por su cuñado podía influir en la ejecución, obrar ó dejar de obrar. Aun cuando la mayoría le hubiese sido contraria, hubiera podido impedir que se ejecutase por Santerre lo resuelto por la mayoría.

Panis tenía una cosa que no siempre tienen los tontos, era dócil. Reconocía dos autoridades, dos papas, Robespierre y Marat. Robespierre era su doctor, Marat su profeta. *El divino Marat* le parecía quizá un poco excéntrico; ¿pero no podía decir otro tanto de Isaías y de Ezequiel, al cual Panis los comparaba? En cuanto á Robespierre pudiera decirse que era la conciencia de Panis. Todas las mañanas se le veía en la calle de Saint Honore á la puerta de su director; iba á preguntar á Robespierre lo que debía pensar, hacer y decir durante el día. Así lo asegura Sergent, su colega, que casi no le abandonó mientras duró el comité de vigilancia. Panis era tan devoto de Robespierre, que no podía contenerse en su favor; él fué quien antes del 10 de Agosto, conduciendo á Barbarrouse y Rebecqui, dos individuos poco afectos á su dios, cometió la imprudencia de decir: «Que se necesitaba un dictador, un hombre como Robespierre,» y recibió de los marseleses la violenta respuesta que se ha citado anteriormente.

Robespierre servido, adulado, adorado por Panis sintió debilidad por él. Panis le era indispensable, como cuñado del hombre que gobernaba el barrio y que disponía de la fuerza armada de París. Panis fué según todas las apariencias quien disminuyó el alejamiento natural de Robespierre por Marat. El primero, hombre político, de carácter fino, mesurado, atildado, empolvado, sentía disgusto por la sociedad del otro, por su personalidad á la vez trivial y salvaje, su facundia ditirámica. Marat por su parte despreciaba á Robespierre como político tímido, sin grandes miras, sin audacia. Visitáronse un día y Marat viendo que Robespierre no entraba enteramente en sus ideas de matanza, que conservaba aun algun escrúpulo de legalidad, alzó los hombros.

La repugnancia era recíproca. La de Robespierre por Marat impidió á éste, después de la ovación que se le hizo en la Comuna, llegar á ser miembro de la misma.

El 23 de Agosto, sin embargo, la Comuna decretó que se erigiera una tribuna en la sala, para un periodista, para Marat. Su influencia iba en aumento; desde entonces, sin duda, Robespierre tuvo miedo de oponerse delante de él y recomendó á Marat las asambleas electorales. Panis, el hombre de Robespierre, su criatura, su servil discípulo, el que digámoslo otra vez, no pasaba jamás un día sin consultarle, fué quien llevó al comité de vigilancia (verdadero directorio de la matanza) al exterminador Marat.

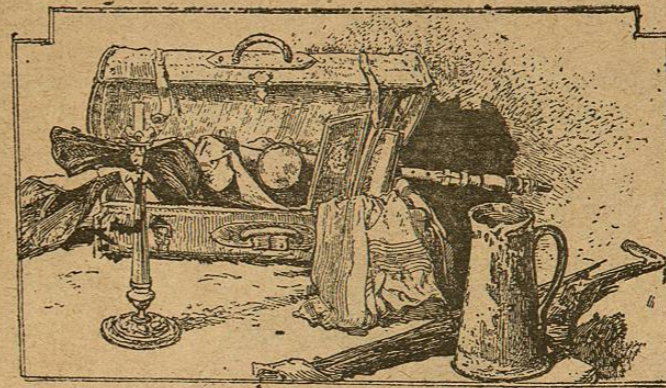
Robespierre dijo, con verdadero atrevimiento, que nada había hecho el 2 de Septiembre; y en efecto, de obra nada hizo, pero mucho con la palabra, y en aquel día las palabras eran actos. El 3, una vez comenzado el suceso y lanzado (quizá aun más de lo que se quería se obscureció y no volvió á reaparecer. Pero el 1.º de Septiembre había cubierto las violencias de su autoridad moral, aconsejando á la Comuna que se retirara, que entregara la acción al pueblo. El 2, París entronizó en el Hotel de Ville al asesinato personificado, al hombre que desde hacía tres años pedía el 2 de Septiembre. Este mismo día Robespierre habló durante la matanza y no para llevar la calma; todo lo contrario, de una manera extremadamente irritante.

La introducción de Marat fué extraordinaria é ilegal á todas luces. Ningún magistrado de la ciudad, ningún miembro de la municipalidad, especialmente del comité de vigilancia, podía ser elegido como no formara parte de la gran Comuna popular de los comisarios de secciones que habían hecho el 10 de Agosto.

Marat no era de estos comisarios y no podía ser elegido, pero París, á la vez por Santerre y por Robespierre, pesaba con tal ascendiente sobre la municipalidad que le autorizó para elegir tres miembros que completasen el comité de vigilancia.

París, investido de este singular poder de elegir por sí solo, no se atrevió sin embargo á ejercerlo. En la mañana del 2 de Septiembre llamó en su ayuda á sus colegas Sergent, Duplaix y Jourdeil y nombraron á cinco: Deforgues, Lentant, Guermeur, Leclerc y Durfort.

El acta original, con las cuatro firmas, tiene en el margen una nota confusamente escrita *por uno solo* de los cuatro firmantes. Esta nota no es otra cosa que el nombramiento de un sexto miembro, agregado así, de pronto, y este sexto es Marat.



CAPITULO XI

El 2 de Septiembre

Proposición conciliadora del dantonista Thuriot — Dos secciones por cuarenta y ocho votaron la matanza — La Comuna quería la matanza y la dictadura — Discurso valiente de Vergniaud. — Se solicita de la Asamblea la dictadura para el ministerio. — La Asamblea desconfía de Danton que sin embargo evita reunirse á la Comuna — El comité de vigilancia entrega veinticuatro prisioneros á la muerte. — Asesinatos en la Abadía. — Danton no acepta la invitación de la Comuna — Quienes fueron los asesinos de la Abadía — Asesinato en los Carmelitas. — Impotencia de las autoridades. — El hotel de Roland es invadido — Robespierre denuncia una gran conspiración. — Tentativa de los ministros para calmar al pueblo. — Intervención inútil de Manuel y de los comisarios de la Asamblea. — Asesinatos en el Chalet y en la Conserjería. — Mailard organiza un tribunal en la Abadía y sa va á cuarenta y tres personas. — Abnegación de Aittes Cazotte y Lombreuil, de Geoffroy de Saint-Hilaire.

El domingo 2 de Septiembre, al abrir la Asamblea á las nueve de la mañana el diputado Thuriot, amigo de Danton, presentó una proposición conciliadora que se creyó que podría impedir la desgracia que se preveía.

Thuriot, en más de una ocasión había defendido y justificado á la Comuna. Nacida el 10 de Agosto, la Comuna le parecía la Revolución misma; pensaba que deshacerla era deshacer la obra del 10 de Agosto. Por otra parte había resistido con extremada violencia á las insolentes ordenes que la Comuna osaba dar á la Asamblea. Su conducta en todo esto parece haber sido la expresión atrevida del pensamiento más contenido de Danton. Este en sus discursos, en sus circulares, fundaba la esperanza de la patria en el acuerdo de la Asamblea y de la Comuna. El fué, no lo dudamos, quien buscó un expediente para restablecer este acuerdo y quien hizo que Thuriot lo propusiera á la Asamblea.

La proposición era la siguiente: Elevar á trescientos miembros el consejo general de la Comuna, de manera que pudieran continuar los antiguos creados el 10 de Agosto y recibir á los nuevos, elegidos en aquel mismo momento por las secciones que obedecían los decretos de